



Un aspecto de la cumbre económica de Bruselas, el pasado día 6.

EUROMONEDA: LAS RABIETAS DE GISCARD

RAMIRO CRISTOBAL

UN indignado puñetazo sobre la mesa, procedente del educado puño de Giscard, ha puesto punto final a una de las negociaciones más correosas de toda la correosa historia de la Comunidad Económica Europea. A pesar de la cuidadosa preparación, a cargo de Giscard y Schmidt (1), la aceptación del Sistema Monetario Europeo por los países pobres parece cada vez más problemático. En Bruselas, el pasado día 6, tanto Inglaterra como Irlanda e Italia rehusaban —tras pedir y no lograr onerosas condiciones— entrar, en principio, en lo que se ha comenzado a llamar “la gran serpiente” monetaria y cuyo nombre técnico es el de “ecu” (“european currency unit”) por la nueva moneda comunitaria de referencia que tralan en sus carteras, como señuelo infalible, los representantes de Francia y Alemania Federal.

El “ecu” (en francés “escudo”) tiene, como la OTAN, vocación de bunker y armadura. La OTAN, “bouclier” de Occidente, y la euromoneda, “ecu” de la burguesía europea, tienen un enemigo común: la izquierda. Para los primeros, la

Europa comunista; para los segundos, la propia izquierda comunitaria y de manera especial los sindicatos.

No es casualidad que la idea de la unificación monetaria de Europa comenzara en 1969, tras las huelgas estudiantiles y obreras de 1968, consideradas por la burguesía como el principio de la revolución. No lo es, tampoco, que fuera al calor de la oleada reaccionaria, que, se produjo después, el que se pensara crear un instrumento económico supranacional que pudiera convertirse en un efectivo control de los factores inflacionistas y, en particular, del que la burguesía considere prioritario: las reivindicaciones obreras organizadas. Tampoco lo es, por último, el que uno de los promotores del plan fuera el hoy primer ministro de Giscard, Raymond Barre, que, por entonces, ocupaba el puesto de vicepresidente de la Comisión de las Comunidades Europeas y que redactó uno de los proyectos más completos sobre el tema. Por aquellas fechas, el señor Barre contestaba a una entrevista en la revista “The Banker” y en ella se manifestaba en el sentido citado de intervención en las políticas monetarias de los países de la CEE y, paralelamente, de sus políticas sociales y laborales.

Lo mismo que él opinaban el resto de los “padres” de la unificación monetaria, como el ex primer ministro de Luxemburgo Pierre Werner y los especialistas alemanes que se ocuparon del tema.

Había un antecedente teórico: “los derechos especiales de giro” (“special drawing rights”) creados en la Conferencia monetaria de Río de Janeiro, en 1967. Después, en la década de los setenta, la CEE haría varios intentos que pueden considerarse antecedentes del actual, como la del “euro” (“european composite unit”), en septiembre de 1973, un año más tarde de la creación de la llamada “serpiente monetaria”.

El mecanismo técnico, tanto en el caso de la “serpiente monetaria” como en el actual, es similar. Se trata de controlar las fluctuaciones del valor de las monedas europeas entre ellas, para evitar indeseables devaluaciones o revaluaciones. Pero esta vigilancia depende, sobre todo, de la unificación de políticas económicas y del control de la tasa de inflación. Se establece una cobertura financiera a cargo de los Bancos centrales para acudir en socorro de los países en “peligro” de desestabilización monetaria. En el caso del “ecu” se ha fijado un 2,25 por ciento de tope de fluctuación (Ita-

lia pedía un 6 por 100, más 2.400 millones de dólares en concepto de ayuda) y un 20 por 100 de las reservas totales de los Bancos centrales como fondo de ayuda.

Como ya dije en mi trabajo anterior, los intereses económicos y políticos, escondidos tras el SME, se enfrentan tanto con los partidos políticos nacionalistas (gaullistas, conservadores ingleses, etcétera) como con la izquierda laborista y comunista. Contando, solamente, con el decidido apoyo de los grupos financieros y ligados a las multinacionales. Además de, naturalmente, amplios estratos capitalistas de Alemania Federal, que se verían muy beneficiados.

En este sentido, la invitación hecha a los tres candidatos a miembros de la CEE para unirse al SME tendrá que ser estudiada muy cuidadosamente por los mismos, desde su calidad de países pobres. El informe realizado, por ejemplo, por los expertos del Banco de España, aunque no exterioriza una postura negativa, parece que a nivel extraoficial se muestra reticente a meter la peseta en la “superserpiente”. Es de prever que tanto el gran capital nacional como las centrales sindicales tendrían mucho que decir si su política estuviera teledirigida desde Bonn o París. ■

(1) Véase mi comentario “Sistema Monetario Europeo. Un ‘gendarme’ para los pobres” en TRIUNFO, número 827. Página 57.